Magdalena. Ensayo de novela de Manuel Cayetano Zetino

Presentación y notas de Jesús Morales-Bermúdez

Cada pueblo, nación, país, cuenta con bagajes culturales o acervos patrimoniales en los cuales afincar el orgullo de su identidad, las formas históricas de su propia constitución. Pasar de las formas elementales a aquellas en que se traza el espíritu humano y su estatura, como plantean las tradiciones griega y hebraica de nuestro origen,[1] conlleva un necesario recorrido simbólico con expresiones de carácter visual, material, sígnico, gráfico, lúdico, numinoso, en que la lingüística y la literatura cuentan con lugar privilegiado, toda vez de ser ellas la nave en que bogan las explicaciones del ser en el mundo. La nave de significación es, a la vez, una hermenéutica —aquello que significa y lo que es significado— y una *paideia* —formación y enseñanza del espíritu humano—. Como tales, retazos en progresión. Para los casos de Chiapas, de San Cristóbal en particular, retazos de tradición literaria en que se muestran momentos de su formulación, que los ha habido desde algún tiempo atrás.

Ya en la época colonial, se llevó a cabo escenificaciones doctrinales en parroquias y doctrinas, como ejemplifican algunos "Entremeses" dados a conocer por la estudiosa Dolores Aramoni Calderón (1986). Dentro de las circunstancias excéntricas de la entidad, la emulación de aquellos notables entremeses hispanos que acompañaban a los autos sacramentales vieron, pues, emulación, para anteceder a alguna celebración religiosa particular como la del Corpus Christi o alguna predicación. Y si bien poco hemos conocido del papel didascálico asignado a la literatura colonial, pervivencias encontramos en la literatura posterior. Cierta herencia de corte hermenéutico y de *paideia*.

El siglo XIX reviste relevancia para la entidad chiapaneca pues se determina en él la apuesta histórica de su pertenencia a la nación mexicana y la pronta necesidad de significarse como mexicana. Sus políticos e intelectuales serán parte de los debates en que se forman los trazos de la nación y su diálogo con el mundo: desde, por lo menos, Matías de Córdova (1766-1828) y Manuel Larráinzar (1809-1884), figuras tutelares de la mexicanidad en Chiapas, hasta Ángel Albino Corzo (1816-1897) y Nicolás Ruiz, combatientes de los conservadores y de la intervención francesa. Ellos y muchos como ellos publicaron libros o tratados sobre las preocupaciones de su época. En algunos casos de carácter político, histórico, diplomático y educativo. También literario, como en el caso particular de Matías de Córdova, cuya fábula "El león y el éxito de su empresa" permite también ser leída cual reflexión política de cómo un león chiapaneco

Jesús Morales Bermúdez. Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas. Correo electrónico: memorial.87@hotmail.com

Recibido: 19 de abril de 2017

BY NC ND

—nación chiapaneca— puede ser maniatado por la trampa perspicaz de los hombres de oficio, en el caso, los políticos mexicanos.[2] Algo similar trata la fuente de donde la fábula probablemente proviene.[3]

Precisamente la literatura encuentra sitial de relieve en la segunda mitad de aquel siglo. Baste dar cuenta, a más de Matías de Córdova, de Rodulfo Figueroa, el poeta modernista par de Darío y su coetáneo, si bien malogrado en juventud;[4] de Flavio Antonio Paniagua (1844-1911), iniciador de la novela en Chiapas —quien se cuenta además como cronista de las guerras de intervención—, y de Emilio Rabasa (1856-1930), el prolífico y sólido novelista, clasificado como el introductor del realismo literario en el país. Las trayectorias de los escritores anteriores han sido reconocidas en el contexto de las letras y sus trabajos cuentan con estudios valorativos y con ediciones modernas.

Hay, a la par de aquella notable literatura decimonónica, una literatura también menor inscrita en la conciencia de desempeñar el papel didascálico de buena parte de la literatura religiosa colonial.[5] Dentro del rubro se encuentra el documento que ofrecemos en la presente entrega: *Magdalena. Ensayo de novela*.

"El fin de la novela", escribe el propio autor en su introducción, "no es otro que el de instruir agradando y moralizar a los lectores bajo todos los modos posibles [e] infundir de algún modo el amor a la virtud y el odio al vicio". Ambos propósitos sostienen la trama del relato. En cuanto al autor, se sitúa a sí mismo como alguien carente de talentos literarios pero con indudable sinceridad moralizante, edificante y, aun cuando no lo afirma, como un educador.[6] Con esa conciencia, traza el mapa de su novela, para nada complicado, si bien con algunos registros en torno al tema central: los comportamientos matrimoniales según se inscriben y deben inscribirse bajo la guía de la Iglesia católica.

A lo largo de la vida colonial, uno de los temas de mayor preocupación para la Iglesia católica fue el del matrimonio, institución no alcanzada a formar en la Nueva España a la manera monógama instituida por el Concilio de Trento,[7] y prosiguió con ambigüedades. Surgió, además, el matrimonio civil como único reconocido, en México, de acuerdo con las Leyes de Reforma de Juárez de 1855. La novela que nos ocupa, publicada en 1889, tiene como telón de diálogo esas leyes y el emergente sentido liberal en miembros de la sociedad, en la cual cobra nivel de prestigio declararse librepensador, muy a pesar de las ambigüedades privadas de cada persona, así como del propio Juárez y de políticos locales, tal el caso de Flavio Guillén, gobernador de Chiapas, quien "a más del acto civil, quiso la ceremonia religiosa presidida por el obispo Orozco y Jiménez".[8]

En ambos, contexto y telón de fondo, el autor, Pbro. Manuel Cayetano Zetino (+1910),[9] desarrolla su novela de doce capítulos —cual doce apóstoles— en apenas cincuenta y ocho páginas, nominándolos, de manera secuencial con numeración romana de la siguiente manera: I. La familia; II. La escuela; III. La primera comunión; IV. El cambio; V. El baile; VI. El insomnio; VII. El segundo baile; VIII. El duelo; IX. La muerte; X. El entierro; XI. La desgracia; XII. Amelia en casa de Magdalena.

Puede, desde los nominales mismos, tenerse una idea de su contenido por cuanto pocos escolios haremos. Sobre la familia, la novela presenta aquella monógama considerada como modelo: nobleza en los padres por ascendencia, "ambos de nobles progenitores"; el ideal de dos o tres hijos, causa de "dicha y felicidad"; con posesión de bienes materiales, dos fincas "de las más ricas del estado", varias casas. Su comportamiento se corresponde al de una familia cristiana, católica, con frecuencia hacia los sacramentos y asistencia a misa diaria y los domingos y días de guardar. En el caso de la novela, como quizás ocurriera en las familias de entonces, los primeros hijos son arrancados de la casa por "una enfermedad epidémica"[10] que deja desolada a la ciudad; nace María Magdalena, "linda criatura esta, parece un ángel". María Magdalena, nombre retraído de la pecadora de los Evangelios, es una mujer centro de la atención de sus padres, de las personas en su entorno, de la novela. Funge como epicentro desde el cual conocemos usos de la época, narrados en la novela.

La educación formal, particularmente la educación formal para mujeres es punto primero. Para la época, escribe el narrador, "la educación de la mujer se tenía

como una de las cosas innecesarias [...] pues se creía que con poseer los conocimientos más comunes, como algo de lectura y algunas veces nada de escritura, era lo suficiente para que se tuviera como apta e ilustrada".[11] Existe una sola escuela municipal y a ella la inscriben. Vive la extrañeza de cada infante en su tránsito del hogar al espacio de socialización; se relaciona, hace amistad con Amelia, "niña recomendable por su piedad y honradez [...] en su alma habitaba la inocencia"; se hacen compañía, "asistiendo juntas a la escuela, adelantando iguales en todos los ramos de enseñanza, principalmente en las cuentas, geografía, tejidos y bordados".

Una de las prácticas favorecida por la Iglesia desde tiempo inmemorial es el de la Eucaristía, centro de su celebración, de su credo. El memorial de la cena última de Jesús y sus apóstoles fue instituido como sacramento por el Concilio de Trento, bajo una regulación, a la cual acceden Magdalena y Amelia, con ocasión de su primera comunión. El suceso como tal de la primera comunión, memorable en obras literarias de lengua española como en *La arboleda perdida* de Rafael Alberti, procura el narrador hacerla memorable en su novela, pues se permite rasgos de lirismo, de adjetivación, de mostrarse omnisciente de las pulsiones emocionales de los protagonistas, de la madre "señora de costumbres puras, ilustrada y virtuosa", del padre, señor Monterrosa, quien exhorta a las niñas a perseverar en la inocencia para garantizar su felicidad y la de sus padres. La emotiva ceremonia concluye, como en *La arboleda perdida* y en la película *El sur*, con un festejo doméstico, "tomar chocolate", quizás tamales, pan, en "la casa decentemente adornada, desde el zaguán hasta el comedor habían colocado graciosos arcos de flores y con las que alfombraban el pavimento, esparcían un olor agradable; el piano resonaba con gratas armonías: todos los parientes se reunieron para celebrar tan fausto día y los criados de la casa vestidos de limpio, servían con prontitud". Propone, con la comunión, una mejora del comportamiento, como también lo consideraba Wittgenstein por esos años, y la contrapone con "la lepra del pecado".

La primera comunión ha sido el momento culmen de una vida de decoro. La novela extiende el manto de una transformación de esa familia, originada por el padre, quien, merced a su contacto con personas distantes de sus prácticas anteriores, "conversando, jugando, leyendo periódicos, discutiendo algunos asuntos científicos, civiles y religiosos",[12] estableció una distancia progresiva de su práctica religiosa, modificó sus hábitos y horas de presencia en casa, "¡se hizo *libre pensador*!" y, con ello, abrió la puerta para que su esposa también se distanciara de aquella vida y que Magdalena "perdía el gusto por las cosas de piedad[13] [...] Había cambiado la lectura de buenos libros, por novelas amatorias e inmorales, y algunos otros antirreligiosos que tomaba de la biblioteca de su padre". Se distancia de Amelia, quien comprende el cambio y se promete guardad lealtad y ver algún día el triunfo de la amistad.

Prosigue, y es la parte central y extensa de la novela, el relato de la vida mundana de Magdalena, quien vive la excitación de dos bailes y las secuelas cortesanas que se derivan de ellos en una especie de cortejo y enamoramiento que más se trata, para el narrador, de la presencia de sensualidad y erotismo, su invasión. En sí mismo el baile no conlleva carga negativa y es considerado como un momento de relaciones. Dice el señor Monterrosa a su hija: "Entre nosotros, el baile se tiene como propio de una familia culta [...] Allí aprenderás á tratar a toda clase de personas, te ilustrarás y sabrás estar en sociedad, cosa tan importante para una niña de tu clase". La vivacidad que la experiencia le provoca, la conducen a insomnios,[14] a anhelar ser parte de esa vida, dentro de la cual comienza con citas furtivas, cada vez más ardientes, con sus enamorados, primero César, después Arturo. Aparece Celestina en el personaje Adela, nueva amiga de Magdalena. Sentencia el narrador: "Magdalena va caminando de abismo en abismo y probablemente no suspenderá, sino hasta terminar con su honradez".

El segundo baile es decisivo en el nudo gordiano de la novela. En él se dibuja el carácter de los dos enamorados y sus actitudes ante la dama. Por despecho, César reta a duelo a Arturo. Por ese mismo despecho, "se dirigió a los músicos para suplicarles que tocaran una pieza de las más tristes que tuvieran,

la que fue ejecutada en el acto". No se realiza el duelo por intervención de los padres de Magdalena y César "por cuanto los dos combatientes eran hijos de dominio", mas la fama honorable de Magdalena se desdibuja. César se desencanta de Magdalena, de su sociedad, y parte de la ciudad. Enferma el padre de Magdalena,[15] muere sin confesión,[16] y es enterrado.[17] Aprovecha el narrador para hacer las distinciones de formas anteriores, al amparo de la Iglesia, y las actuales, más bien liberales. Con la muerte del padre cambia la vida familiar: la madre se retrae y "Magdalena siguió la nueva vida que había adoptado un tiempo antes [...] soñaba diariamente á su Arturo; y él no podía vivir ya sin verla [...] el dios del amor encendió más la hoguera en aquellos corazones, les ofuscó la inteligencia y arrastrados por el ardor de la juventud fueron precipitados a un abismo...!!!" Arturo se va de la ciudad, también hace mutis Adela, la madre muere de pena. Magdalena, "al fin de tantos padecimientos, se vió [*sic*] con un niño en sus brazos [...] Se trató de bautizarlo y le pusieron por nombre *Lázaro*".[18]

Hasta ahí la antesala al desenlace, por supuesto edificante. Desde el momento de su "caída" con Arturo, Magdalena cae en continuo llanto, uno de los atributos de la Magdalena de los Evangelios, pues es mujer débil a la carne, otro de sus atributos, y cede a los remordimientos por ello, culpa humana, también atributa de aquella de los Evangelios; se cubre de humildad: "¡Oh no, soy indigna de que me estimes de nuevo!", le expresa a Amelia cuando llega a su casa, la única entre sus anteriores lazos con la sociedad, "Conozco que te he ofendido demasiado, cambiando tu amistad por la de una mujer traidora y despreciándote como lo hice tantas veces". De la renovada amistad propiciada por Amelia, la Magdalena pecadora surge a nueva vida, como ya anunciaba el recurso evangélico del nombre de su hijo, Lázaro, y dedica sus bienes y vida a una similar vida evangélica activa. Consecuente con el motivo didascálico de su *Ensayo de novela*, el autor concluye: "Multitud de niños pobres pudieron educarse por ella, muchas niñas huérfanas se libraron de la desgracia y pérdida del honor; muchos matrimonios fueron felices y muchas viudas se conservaron en el temor santo de Dios. Tales bienes produjo el pecado y arrepentimiento de Magdalena!" El autor pondera el peso favorable del pecado, proseguido de arrepentimiento, en referencia, quizás, al enunciado paulino: "La ley, en verdad, intervino para que abundara el delito; pero donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia".[19]

Limitaciones literarias de *Magdalena. Ensayo de novela*, fácilmente las podemos dirimir. También virtudes, como su estilo claro, preciso, sin afeites. No es la razón de su presencia en esta entrega. A más de su interés educacional para un tiempo, es de situarla en su tiempo literario, cuando aparecen dos monumentos de la literatura universal: *Ana Karenina*, de León Tolstoi, publicada de manera completa el año de 1877, con éxito inmediato, y *Madame Bobary*, de Gustave Flaubert, publicada como libro en 1857. En ambas novelas las cuestiones de erotismo, religión y culpa se entreveran con propósitos primordialmente literarios y estéticos. En ambas novelas hay escenas de baile, desdenes, duelos, retirada de algún amante. Por ejemplificar con el baile, tomemos a Tolstoi, a quien parece emular Cayetano Zetino: "el baile transcurrió para ella como un sueño encantador, de alegres colores, de sonidos y movimiento. Solo dejaba de bailar cuando se sentía demasiado cansada y rogaba que la dejasen descansar [...] bailando con un muchacho aburrido, al que no había podido rechazar, se encontró *vis-à-vis* de Vronsky y de Ana y [...] Vio en Ana aquella excitación, motivada por el éxito que conocía tan bien. Estaba ebria a causa de la admiración que producía..." (Tolstoi, 1956: 67). Quedará la duda de si acaso este modesto autor chiapaneco tuvo acceso a la lectura de los dichos monumentos literarios y de qué manera, si acaso, se situó en similar preocupación mundana, religiosa, que los prominentes autores de las novelas referidas, particularmente de Tolstoi, generador de un cristianismo propio. Duda quizás vana, inútil, que de inutilidad está constituida la poesía, la literatura, las artes, una inutilidad proveedora de espíritu y estatura humanos en los hombres de cada generación y época histórica. Cuáles hayan sido los alcances, la recepción de *Magdalena. Ensayo de novela*, queda entre los pendientes, como es pendiente contar con ejemplares de su edición

príncipe, inencontrables actualmente aún en los acervos de la Benson University of Texas at Austin,[20] que ya es mucho decir. Valga ofrecerla en este número de *Liminar. Estudios Sociales y Humanísticos*, con el espíritu de los antiguos historiadores locales, para que las "cosas de Chiapas", como decía Fernando Castañón Gamboa, no desaparezcan del todo.

Notas

[1] La tradición de Occidente se funde en Grecia y el judaísmo-cristianismo: Jaeger (1965); Steiner (2012). Para las cuestiones de espíritu y estatura humana en Esquilo y Sófocles, ver Kott (1970). También, Efesios 4.

[2] En trabajo anterior había escrito: "su poema puede ser leído como una fábula didáctica en que su autor ejemplifica el destino de Chiapas frente a una entidad poderosa, el México de la anexión, ante el cual no tendrá otra posibilidad sino de sumisión: el león Chiapas (por escudo de armas) con las garras hendidas en un tronco, inmovilizado e inutilizado, como no sea por la venia de su dominador. Semejante futuro que avizora, le hace pensar en la anexión a Guatemala o en la permanencia de Chiapas como independiente, hacia un futuro quizás incierto, quizás cabeza de ratón y no cola de león, proposición que resultó inversa de acuerdo con las decisiones de las dirigencias de entonces: "más vale ser cola de león que cabeza de ratón", reza el adagio para el caso de Chiapas en su federación a México" (Morales, 2005a: 40).

[3] "Excursión a la historia natural: Historia del pavo real y la oca" Noche 131, en *Las mil y una noches* (1997: 975-981).

[4] Véase el sugerente trabajo, comparativo, breve: Gutiérrez (1966).

[5] Podría considerarse, como ejemplo, los trabajos de los hermanos Cadena (1779 y 1879). Las disertaciones de ambos autores inducen la reflexión en torno a la muerte, al estar preparados, como las Vírgenes prudentes del Evangelio, para ser dignos de la salvación, según fuera el ejemplo del rey Carlos III, cantado a la manera de las Odas de Fray Luis de León.

[6] La preocupación educacional del Pbro. Manuel Cayetano Zetino la puede testificar su patrocinio de manuales educativos durante su época. Por ejemplo: "Este método silábico fue publicado en los comienzos de 1841 y sus resultados convincentes se prolongaron hasta el año de 1925. Por mucho tiempo fue considerado libro de texto de las escuelas oficiales. Hemos encontrado la edición de 1906, titulada *Método doméstico/ ya experimentado para/ enseñar y aprender/ seguramente/ a leer y escribir/ en sesenta y seis lecciones./* Su autor/ El R. M. P. Fray Víctor María Flores./ del S. O. D. P. de Chiapas./ Adorno tipográfico/ Edición hecha á costa del Señor cura, Rector del Sagrario,/ Prebendado don Manuel Cayetano Zetino,/ con las licencias necesarias... (Contreras, 2001: 49). Fue cura párroco de la Parroquia del Sagrario (San Cristóbal, Rector del Seminario Conciliar de la diócesis de Chiapas, cura párroco de San Marcos Tuxtla).

[7] Ver Ricard (2005: 200-205). También, Zúñiga (2013: 139-178).

[8] Ver Morales (2005b: 56ss).

[9] "El reconocimiento en el fallecimiento de clérigos se apreciaba aún en 1910, cuando el párroco de Tuxtla expresó la muerte del prebendado Manuel Cayetano Zetino como 'una pérdida para la Diócesis', dirigiendo al gobernador y al vicario general del cabildo catedralicio sus 'votos de descanso eterno al virtuoso finado y grandes consuelos a la santa iglesia de Chiapas'" (Bermúdez, 2013: 147).

[10] El autor sitúa su novela en el año de 1856 y, con seguridad, hace referencia a "la epidemia de cólera de 1833", de la cual aún existía memoria en la ciudad un siglo después. Sobre todo por los vestigios del antiguo cementerio, convertido en campo aéreo (Francisco Sarabia), del cual se decía había acopiado los restos mortales de quienes fallecieron por causa de esa peste, si bien "el panteón general de la ciudad era el de San Diego, hacia el sur. A mediados de 1897 éste fue clausurado y se declaró la apertura oficial del panteón municipal en la ubicación actual" (Bermúdez, 2013: 137 y 146).

[11] Al hablar en pasado, como refiriéndose a otra época, el narrador-autor deja entrever que en la época suya el modelo educativo ha cambiado y existe participación general de las niñas y mujeres. La ejemplificación de

comportamientos de Magdalena y Amelia en la novela, se corresponden a la realidad del tiempo de escritura del autor, si bien entre el año de la novela y el de este han transcurrido treinta y tres años.

[12] "[...] sin leer la refutación (como lo debían hacer) para no confundirse [...]", agrega el narrador, retrayendo la manera tomista de plantear el conocimiento.

[13] Dice párrafos atrás: "con la práctica constante de los actos religiosos su corazón se fortalecía y podía soportar impávida los envates [sic] terribles que contra la inocencia, el pudor y la virginidad hacen de consumo los formidables enemigos de la humanidad, el mundo, el demonio y la carne". De alguna manera anuncia cuanto en la vida de Magdalena ha de ocurrir en la novela.

[14] La frase "Fatigada por los movimientos á los cuales no estaba acostumbrada", del capítulo VI, recuerdan el verso de la Rima XVIII de Gustavo Adolfo Bécquer: "Fatigada del baile".

[15] Refiere los pasos dados, desde la medicina doméstica al facultativo, recetario, junta de médicos, medicamentos, espera, notario, muerte.

[16] Sirve el texto para conocer algo de las formas mortuorias de la época: "La casa fue adornada con riguroso luto. Colocan el féretro en medio de la sala principal, y alumbrado por cirios encendidos, puestos en hermosos candelabros de oro, se veía también el retrato del difunto. Cada cortina blanca mesclada con crespon [sic] negro, estaba adornada con guirnaldas de ciprés. ¡Aquel lúgubre aparato era conmovedor".

[17] En el mismo tenor, se refiere la forma del cortejo, la detención en una esquina para escuchar el discurso de un orador, quien "dice la oración fúnebre".

[18] Hay una discreta referencia a la Jornada primera, parte II de La vida es sueño, el drama de Pedro Calderón de la Barca ("¡Ay mísero de mí! ¡Ay infelice!/ [...] qué delito cometí/ contra vosotros naciendo;/ [...] Bastante causa ha tenido/ vuestra justicia y rigor;/ pues el delito mayor/ del hombre es haber nacido."), con las frases sencillas: "¡Ay! infeliz hijo mío, qué necesidad tenías de padecer en este mundo, y quedarte probablemente solo, sin madre, porque padre no has tenido? ¡Ah! Tu padre es un ingrato, un cruel, que no merece tal nombre. ¡Infame!", frases también en similitud en los dramas *El zapatero y el rey* y T*raidor, inconfeso y mártir*, de José Zorrilla.

[19] Biblia de Jerusalén, Romanos 5, 20.

[20] Quedo en deuda de gratitud con el colega y amigo, Ignacio Ruiz-Pérez, Ph. D., del Department of Modern Languages University of Texas at Arlington, quien se sumó a mis pesquisas de un original del libro, con el propósito de alcanzar copias de la antepenúltima y penúltima páginas, aunque sin éxito. Alguien, adelante, lo alcanzará.

Referencias

Aramoni Calderón, Dolores (1986). "Un entremés chiapaneco del siglo XVIII". En Anuario del Centro de Estudios Indígenas, vol. I. Tuxtla Gutiérrez: UNACH.

Bermúdez Hernández, Luz del Rocío (2013). "Honras fúnebres, respuesta histórica de las élites de San Cristóbal de Las Casas". En María Eugenia Claps Arenas y Sergio Nicolás Gutiérrez Cruz (coords.), *Formación y gestión del Estado en Chiapas. Algunas aproximaciones históricas*. México, UNICACH.

Cadena, Carlos (1879). *Honras fúnebres celebradas en Guatemala en honor de Carlos III*. Guatemala: Tipografía de Ignacio Beteta.

Cadena, Felipe (1779). *Acto de contrición en versos castellanos*, Guatemala: s/n.

Contreras García, Irma (2001). *Las etnias del estado de Chiapas: castellanización y bibliografías*. México: UNAM.

Gutiérrez, Jesús Agripino (1966). *Dos poetas hispanoamericanos (Rodulfo Figueroa y Rubén Darío)*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Sección XXXVII del SNTE.

Jaeger, Werner (1965). *Cristianismo primitivo y paideia griega*, México: Fondo de Cultura Económica.

Kott, Jan (1970). *El manjar de los dioses*. México: ERA.

Las mil y una noches (1997), t. I. Versión anotada y cotejada por R. Cansinos Assens. Madrid: Aguilar.

Morales Bermúdez, Jesús (2005a). *Meditaciones sobre literatura de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Secretaría de Educación.

Morales Bermúdez, Jesús (2005b). *Entre ásperos caminos llanos. La diócesis de San Cristóbal de Las Casas 1950-*

1995. México: Juan Pablos, UNICACH, UNICH, COCYTECH.

Ricard, Robert (2005). *La conquista espiritual de México*. México: Fondo de Cultura Económica.

Steiner, George (2012). *La poesía del pensamiento. Del helenismo a Celan.* México: Fondo de Cultura Económica, Siruela.

Tolstoi, León Nicolaievich (1956). *Ana Karenina* (1873-1876). En *Obras completas Tomo II*. Versión directa del ruso, prólogo biográfico y notas por Irene y Laura Andresco. Madrid: Aguilar.

Zúñiga Zenteno, Magda Estrella (2013). *La casa chica en Chiapas. Una aproximación antropológica*. México: Juan Pablos.

—58—

ente, no se secó, sinó que produjo abundantes frutos. Multitud de niños pobres pudieron educarse por ella, muchas niñas huérfanas se libraron de la desgracia y pérdida del honor; muchos matrimonios fueron felices y muchas viudas se conservaron en el temor santo de Dios.

Tales bienes produjo el pecado y arrepentimiento de Magdalena! Su muerte fué llorada por todos los habitantes de la poblacion; pues muchísimas personas se quedaron sin madre, sin hermana, sin amiga y bienhechora.

Cada año todos los que habian perdido tan buena protectora llegaban á depositar sus flores, símbolo del reconocimiento y del amor, y á regar con ardientes lágrimas la fria tumba, que silenciosa y triste depositaba tan amados y deplorados restos.

FIN.

MAGDALENA.

ENSAYO DE NOVELA

por el Rector
del Colegio Seminario de Chiapas,
Pbro.
MANUEL CAYETANO ZETINO,
dedicada
al Sr. Gobor. de la Sagrada Mitra, Arcediano, Pbro. Br. Don
J. Facundo Bonifaz.

SAN CRISTOBAL LAS-CASAS.
Tipografía de la "Sociedad Católica"
dirigida por
DELFINO GUTIERREZ.
1889.

DEDICATORIA.

Señor Provisor, quisiera con el alma dedicar á V. S.ª no un humilde ensayo como es el presente trabajo, sinó una obra que mereciera tal honor; pero no pudiendo hacer otra cosa, dígnese aceptar al ménos, el sincero afecto de mi corazon.

El alma en sus horas de calma y de sosiego, recuerda aun cuando sea rápidamente el pasado. Encuentra satisfaccion indecible al pensar en sus padres, sus maestros y bienhechores. De tal recuerdo nace la gratitud, hija bendita de la caridad. Teniendo presente, pues, que fué mi maestro, hoy que comprendo todo el bien que de V. S.ª recibí, como símbolo de mi reconocimiento, me atrevo á ofrecer el humilde fruto de mis pequeños trabajos.

S. S. afmo.

Manuel Cayetano Zetino.

INTRODUCCION.

El fin de la Novela no es otro, mas que el de instruir agradando y moralizar á los lectores bajo todos los modos posibles. No siendo literato, y careciendo además de todas las dotes necesarias para esto, no propongo una obra de mérito, sinó solamente el fruto mezquino de mi pequeño ensayo.

Suplico pues, á mis lectores, que se dignen disimular los grandes yerros que mi trabajo contenga; supuesto no es extraño que esto suceda á un principiante.

Ofrezco, sí, la sinceridad de mi alma y el deseo que mi corazon abriga por infundir de algun modo el amor á la virtud y el odio al vicio.

CAPITULO I.

La familia.

En una de las casas principales de esta ciudad habitaba cierta familia distinguida, compuesta del padre, la madre y dos niños de corta edad. El señor se llamaba D. Pablo Monterrosa y la señora Doña Virginia Luz, ambos descendientes de nobles progenitores. Corria el mes de Mayo de 1856, cuando la señora se sintió atacada de una enfermedad comun á las mujeres; y después de varios dias de grandes y muy crueles sufrimientos, dió á luz una niña de singular hermosura, á quien pusieron por nombre *María Magdalena.* Con el nacimiento de esta se completó en aquella casa la dicha y felicidad.

—6—

A los diez meses de haber nacido Magdalena, se desarrolló en la poblacion una enfermedad epidémica, de la que perecieron innumerables niños de ambos sexos y entre ellos los dos hijos varones de la familia Monterrosa. Todo el gusto anterior, vino á convertirse después en llanto. La tristeza se apoderó del corazón de aquellos dos esposos, como era muy natural, viéndose privados repentinamente de sus hijos, séres tan queridos, en quienes se cifraba para el porvenir la esperanza y gloria de la casa: siendo éllos, sin duda, los que debian perpétuar la descendencia. La muerte prematura de los niños, hizo que el amor de los padres se reconcentrara en Magdalena, pues era la única que les quedaba. Con tal motivo, la querian al par del alma, siendo el ídolo de toda la familia.

Poseian dos hermosas fincas de las más ricas del Estado, distantes de la ciudad quince léguas la una y veinte la otra, varias casas, además de la que les servía de habitacion, que era una de las mejores y más bien ajuardas con toda la elegancia que se usaba en aquel tiempo.

Habian pasado tres años del nacimiento de Magdalena y Dios no bendecia de nuevo el matrimonio, la señora no volvió á tener otro hijo en adelante; de modo que se podia asegurar con sobrado fundamento, que Magdalena seria la única heredera de los cuantiosos bienes de sus padres.

—7—

Conforme pasaban los dias, la niña crecia con rapidez. Las gracias físicas y morales la hacian más querida de sus padres y de cuantos la conocian, exclamando algunos cuando solian verla: ¡oh, qué linda criatura es esta, parece un ángel!

CAPITULO II.

La escuela.

Al cumplir los siete años Magdalena, segun la regla de los antiguos, necesario era procurar por su instruccion. La cuestion era grave. No habia un colegio, ni otro establecimiento donde ponerla de interna. Hasta esa época, la educacion de la mujer se tenia como una de las cosas innecesarias.... pues se creia que con poseer los conocimientos más comunes, como algo de lectura y algunas veces nada de escritura, era lo suficiente para que se tu-

—8—

viera como apta é ilustrada. Solamente habia una escuela municipal, adonde concurrian las niñas de la mayor parte de la poblacion. Dónde ponerla? Hé aquí un problema difícil para aquellos padres que deseaban con ardor la felicidad de su tierna hija.

Si la ponian en la escuela dicha, era exponerla, porque los viajes continuados y las cosas que en la calle se veian, no producirian buenos resultados. Si pagaban un Profesor para la casa, peor; pues en esta es donde ménos pueden aprovechar los niños. Por último, despues de tanta lucha, no hubo más recurso que resolverse por la mencionada escuela municipal. Cuando llevaron á Magdalena por vez primera, se espantó al verse en un mundo desconocido y nuevo y en medio de una multitud de niñas á quienes jamás habia visto, lloró amargamente y con razon; pues nunca salia de su casa sinó con su mamá. Las profesoras procuraron calmarla regalándola dulces y curiosos juguetitos. Con el trascurso de algunos meses, se aproximaron los exámenes. Magdalena fué examinada como las demás; y no obstante el poco tiempo que llevaba de aprendizaje

—9—

y su corta edad, obtuvo muy buena calificacion y premio en uno de los ramos que aprendió.

Después de terminadas las vacaciones que fueron de dos meses, Magdalena siguió concurriendo á la escuela; y á la manera que iba creciendo en edad, por una parte se ponia más hermosa y por otra su juicioso comportamiento, su modestia y aplicacion, la hacian sobreponerse á todas sus condiscípulas. En su espaciosa frente se notaba la grande inteligencia que tenia; sus ojos azules y apacibles revelaban un carácter humilde y la docilidad de su tierno corazon. Con todas estas cualidades se hacia cada vez más amable.

Entre las personas que la profesaban un cariño singular, se distinguia Amelia, niña recomendable por su piedad y honradez, quien á pesar de tan corta edad era juiciosa y de raras costumbres, trato afable y cariñoso, como que en su alma habitaba la inocencia.

Amelia se tomó la devocion de pasar á la casa diariamente por Magdalena para irse juntas á la escuela y la llegaba á dejar cuando regresaban; por cuya razon comenzaron á tenerse un amor recíproco, ese amor sen-

—10—

sillo y desinteresado que experimentamos en la niñez y que crece ó disminuye con la edad, segun las circunstancias de la vida. De este modo estuvieron asistiendo juntas á la escuela, adelantando iguales en todos los ramos de enseñanza, principalmente en las cuentas, geografía, tejidos y bordados.

Cuando las niñas se apuran y saben corresponder al empeño puesto por sus padres y maestras, no cabe duda que se hacen apreciables y dignas de toda consideracion. ¡Ojalá fueran todas como alguna de las dos que hemos reseñado.

CAPITULO III.

La primera comunion.

La madre de Magdalena era una buena cristiana, señora de costumbres puras, ilustrada y virtuosa. Su fé no era de simple rutina, sinó que como gustaba mucho de la lectura y habia leido varias obras, principalmente de religion, sus conocimientos eran regulares y bien fundados. Su hija estaba al cumplir los diez años y preciso era

—11—

disponerla para recibir la primera comunion. En efecto, un dia, cuando volvieron de misa, como Magdalena habia visto á varios niños que se acercaron á la Sagrada Mesa dijo á su mamá: ¡Ay! mamá, cuánto me agradó el ver aquellos niños que comulgaron con las gentes grandes que estaban en la misa! ¿Cuándo será el dia en que tenga yo esa dicha de recibir á Jesucristo en mi pecho, como me has enseñado? La madre repuso; hija mia, cuando eso sea, lloraré de placer y te haré un buen vestido. Magdalena contestó: no te parece que sea el dia de mi cumpleaños? Ni cosa mejor, dijo la madre, desde hoy comenzaré á darte otras instrucciones más, para que puedas hacerla bien y te aproveches. Como aun faltaban seis meses para el cumpleaños de Magdalena, la señora tuvo tiempo de instruirla y prepararla suficientemente para la confesion y comunion. Terminada la instruccion, llevaron á Magdalena, á que hiciera la confesion de sus pecados por vez primera. La madre no cesaba de pedir á Dios por el buen éxito de la confesion de su hija. Pasadas algunas horas, Magdalena volvió de la iglesia llena de alegría por una parte y por otra de afliccion, á causa de las

—12—

caritativas exhortaciones que el señor Cura la habia hecho. Apénas vió á su mamá, se puso de rodillas y con humildad dijo: perdóname mamá todas las faltas que he cometido y te ofrezco no volverlas á hacer.... Bien, hija mia, dijo la madre: si Dios que es á quien has ofendido principalmente, más que á tu padre y á mí, te ha perdonado, cómo no he de perdonarte yo? Extendió la mano para que se la besara y luego abrazó á su querida Magdalena.... Ambas dejaban caer de sus ojos, como perlas, algunas lágrimas producidas por la emocion.....

Después de algunos instantes, Magdalena interrumpió el silencio diciendo: ¡qué buena es la confesion! Cuán satisfecha está mi alma, con la exhortacion del señor Cura, hoy no temo morir! Sí, hija mia, dijo la madre: no hay cosa más tranquila que una conciencia limpia y adornada con la gracia de Dios. Pero vamos, qué te dijo el señor Cura? Cuándo vas á confesarte por segunda vez? Me hizo muchas preguntas, entre ellas: que si amaba mucho á María Santísima? y yo dije: que como no me habian enseñado esto, no la amaba mucho.... La madre algo se avergonzó. Por último,

—13—

continuó Magdalena, me dijo que vuelva á repetir la confesion la víspera de mi cumpleaños.

¡Por fin llegó el dia deseado! El 15 de Mayo de 1866, á las siete de la mañana, caminaban para la iglesia parroquial dos niñas vestidas de blanco, con guirnaldas de olorosas flores en la cabeza, en sus semblantes revelaban el candor y angelical pureza de sus almas. El sol estaba dorando con sus fulgentes rayos los techos de las casas y alumbraba á toda la poblacion con apacible claridad. Atrás de aquellas niñas iban dos señoras con paso grave y magestuoso, que segun parecia, eran las madres. Entran al templo. La actitud que guardan es llena de modestia. De rodillas y con los ojos bajos madres é hijas, oran al Dios Humanado, para que se digne bendecirlas en aquel dia de dicha y de felicidad. Después de un breve rato de oracion, salió el sacerdote revestido para celebrar el Santo Sacrificio, en el cual se habia de efectuar la primera comunion de nuestras niñas. Comenzó la misa; y ellas empezaron á recitar las oraciones de preparacion, con grandísimo fervor. A medida que se aproximaba la hora mil veces deseada, se ponian tré-

—14—

mulas, afligidas é inquietas. No cesaban de golpearse el pecho, pidiendo al Dios de bondad, que se dignara penetrar en aquellos corazones vírgenes aun. ¡Sonó la campanilla por primera, segunda y tercera vez..! Ellas levantan sus ojos y manos al cielo en ademán suplicante; sus semblantes se fueron poniendo pálidos; los corazones se agitaban dentro el pecho; no de temor, sinó de una conmocion interna, espiritual, por la cual se sentian como fuera de sí.

¡Llega la hora! ¡El sacerdote se vuelve hácia el pueblo y lo bendice! suena la campana tres veces! Presenta en sus manos la Sagrada forma! Se encamina para el comulgatorio y con voz grave dice: "El cuerpo de nuestro Señor Jesucristo custodie tu alma para la vida eterna!" "Así sea" contestó el Ministrante. Las niñas parecian dos ángeles inflamados en el amor divino. Una lágrima de ternura se desprende de sus ojos, no se movian, suspirando de vez en cuando, oprimido el corazon por el júbilo.

En aquellos sublimes momentos, éllas aman á Jesus tiernamente y Jesus las ama mucho más..... Las madres al presenciar aquella escena de ternura, se sentian conmovidas por un gozo inexplicable.

—15—

Después de haber dado gracias á Dios, por tan singular beneficio, salieron de la iglesia y se fueron á la casa de Magdalena, donde las esperaban para tomar chocolate. La casa estaba decentemente adornada, desde el zaguan hasta el comedor habían colocado graciosos arcos de flores y con las que alfombraban el pavimento, esparcian un olor agradable; el piano resonaba con gratas armonías: todos los parientes se reunieron para celebrar tan fausto dia y los criados de la casa vestidos de limpio, servian con prontitud. El señor Monterrosa abrazó á su hija lo mismo que á la niña Amelia, fiel compañera de Magdalena. Este, movido interiormente al ver el candor é inocencia de aquellas dos criaturas, se enterneció y las lágrimas asomaron á sus ojos. Excitado por la emocion, exclamó: ¡Ah! hijas mias, quiera el cielo guardar vuestra inocencia y que nunca vayais á manchar vuestras almas con la fea lepra del pecado. Si os conservais de este modo, no solo sereis felices, sino que hareis tambien un poco más á vuestros padres.

Acarició á las niñas un momento, y como las lágrimas corrian por sus mejillas,

—16—

se entró á su habitacion, dejándolas con las señoras.

CAPITULO IV.

El cambio.

Pasado aquel dia mil veces feliz de la primera comunion, Magdalena y Amelia siguieron cultivando su amistad: juntas iban á misa, juntas comian, juntas paseaban y todo lo hacian juntas como si fuesen dos hermanas. Miéntras las niñas estrechaban más y más su amistad cada dia, la cual las colocaba en una especie de felicidad terrestre; sencillas, sin aduladores, sin exigencias sociales, modestas en su traje, no obstante su riqueza, con un mismo modo de pensar, unas mismas ideas, como si tuviesen un solo corazon. ¡Oh Dios, que cosa tan contraria! El señor Monterrosa ligaba más y más su amistad con otros sujetos de extraviadas costumbres. Diariamente se reunian en cierta casa varios amigos, para pasar algunas horas penosas de la vida, conversando, jugando, leyendo periódicos, discutiendo algunos asuntos científicos, morales, civiles y religiosos. Pasa-

—17—

dos algunos meses de aquella vida y con los malos ejemplos que tenia á la vista, con la lectura de malos libros, sin leer la refutacion (como lo debian hacer) para no confundirse, insensiblemente se fué retirando de todos los actos solemnes del culto católico, fué perdiendo la fé que habia recibido de sus antepasados, hasta el grado de extinguir por completo esa llama purísima que alumbraba su entendimiento y fecundaba su corazon. ¡Se hizo *libre pensador*! entrando después, como era muy natural á abrazar otras sectas; porque un abismo llama otro abismo, hasta llegar al término de donde no puede el hombre salir con sólo sus fuerzas naturales, sin el poderoso auxilio de la gracia. ¡Terrible cambio! del cual se originaron tantos males como veremos en seguida. Aquella familia que ántes era un modelo, vino á convertirse después en una de las más desordenadas. El señor Monterrosa ya no tenia hora fija para llegar á su casa. Unas veces entraba á media noche, otras al amanecer y otras ya no llegaba, sinó casi hasta el medio dia. Este cambio de horas hizo que tanto la señora como Magdalena alterasen por completo su modo de vivir. Ya no iban á mi-

—18—

sa sinó solamente los dias festivos; poco á poco fueron abandonando la confesion y comunion y demás prácticas piadosas, que eran, sin duda alguna, las que servian para alentarlas en las penas de la vida, las que vigorizaban á Magdalena para conservarse en aquel estado.

En efecto, con la práctica constante de los actos religiosos su corazon se fortalecia y podia soportar impávida los envates terribles que contra la inocencia, el pudor y la virginidad, hacen de consuno los formidables enemigos de la humanidad el mundo, el demonio y la carne.

A medida que los dias trascurrian, Magdalena perdia el gusto por las cosas de piedad: ya no sentia agrado del trato y relacion con Amelia; por cuanto ésta seguia firme y extrañaba aquella nueva é inusitada conducta de su amiga. Cuando Amelia llegaba, Magdalena fingia alguna pena ó necesidad de separarse, para que no pudiera aquella hacer el reclamo de una conducta tan extraña. La cabeza de Magdalena era un nuevo mundo y su corazon un volcan donde se agitaban con fuerza todas las pasiones. Habia cambiado la lectura de buenos libros, por novelas amatorias é inmora-

—19—

les, y algunos otros antirreligiosos que tomaba de la biblioteca de su padre. Todo lo que enseña la religion cristiana se le figuraba una mentira, una farsa; así como la vida que Amelia llevaba le parecia un fanatismo. La dulce paz que antes disfrutaba se habia convertido en amarga hiel que insensiblemente la consumia.

En tal estado las cosas, Amelia comprendió lo que habia, mas como amaba con ternura á su amiga de infancia, lloraba amargamente tanto mal y pedia al cielo el remedio pronto y eficaz. No se dió por entendida. A pesar de los desprecios que la hacian, siguió frecuentando la casa. Un dia, fué tanto lo que sufrió que prometió no volver; pero después que se calmó su amor propio tan injustamente ofendido, dijo: siempre he querido á Magdalena al par de mi alma, y hoy más que nunca debo dar pruebas de mi lealtad, desinterés y verdadero amor.

CAPITULO V.

El baile.

Al amanecer el dia 5 de Mayo de 1876,

—20—

la ciudad de San Cristóbal Las-Casas se presentó engalanada. Cuando asomaron los primeros albores de la mañana, el acompasado son de las campanas, el eco armonioso de la música, el horroroso estruendo del cañon, las alegres dianas de los diversos cuarteles, el Pabellon nacional izado en todos los edificios del gobierno y la animacion de las gentes que andaban desde esa hora hacia inquietarse hasta los de un carácter triste, pues se celebraba en aquel dia, como en los años atrás, uno de los triunfos de la patria.

A las cuatro de la tarde de ese mismo dia, unos jóvenes se presentaron á la casa de Monterrosa, invitando para un baile que á las ocho de la noche tendria lugar en la del señor D. M. Fuentes, hombre capitalista y de grande influencia en la sociedad. La señora Monterrosa contestó: que daria aviso á su esposo luego que llegara. Magdalena oyó el recado y comenzó á comprometer á su mamá para que fueran, ofreciendo anticipar sus oficios, como en efecto lo hizo. Arregló en seguida sus mejores vestidos para asistir con la mayor elegancia. A pocos momentos de todo aquel trabajo entró el señor Monterrosa, y luego

—21—

que habia descansado, la señora dió el recado: harán dos horas que vinieron de la casa del señor Fuentes á invitarnos para el baile que tendrá lugar esta noche. El Esposo contestó: iremos con mucho gusto, pues de lo contrario, faltariamos á las reglas de urbanidad y buena crianza.

Magdalena como herida por un golpe eléctrico, al oír la contestacion de su padre, saltó de gozo y con semblante alegre le dijo: creí que nunca habria de tener ese gusto, ó que no habrias de conceder el permiso. Te aseguro, papá, que la negativa seria para mí el disgusto mayor que pudiera sufrir en mi edad. El padre replicó: ¿y por qué no habriamos de ir, acaso crees que es pecado el bailar? No, dijo Magdalena; pero como nunca me has llevado á esas funciones.... Mira, hija mia, dijo el padre: el baile es más ó ménos aceptado, segun la nacion en que uno vive, y segun la época. Entre los antiguos romanos el baile para personas de alta cuna era reprobado, cosa que despojaban hasta del empleo al magistrado que llegaba á cometer la debilidad de bailar. No así entre los griegos: que tenian como adorno de una persona ilustrada el arte dicho.

—22—

Entre nosotros, el baile se tiene como propio de una familia culta..... Allí aprenderás á tratar con toda clase de personas, te ilustrarás y sabrás estar en sociedad, cosa tan importante para una niña de tu clase. Gracias, papá, dijo Magdalena: hoy te quiero más que nunca.

A las siete y media de la noche, terminada la cena de la familia, ménos de la señorita que no tuvo apetencia.... comenzaron los preparativos. Magdalena llamó á una criada para que compusiera el peinado y la adornara, arreglándola á su entera satisfaccion. Concluido el arreglo, se pusieron en camino. A pocas cuadras, llegaron á la casa del señor Fuentes, donde los esperaban con ansia. César, que estaba desde temprano en la puerta de calle, tomó del brazo á las dos señoras, después de un saludo muy cortés y condujo á la familia al salon, donde estaba toda la concurrencia. La música dejó oír sus alegres melodías, las luces, la elegancia, buen humor y entusiasmo que reinaba en todos, los honores que les tributaron, la alegría ó incansancio con que bailaban otras jóvenes, todo, todo llamaba la atencion de Magdalena; pues era primera vez que se veia en aquellas reuniones.

—23—

César se acercó á ella diciéndola: señorita, tendrá vd. la bondad de bailar esta pieza conmigo? Con mucho gusto, respondió Magdalena, solamente ruego á vd. que disimule, porque no sé. No tenga vd. cuidado dijo César, que yo la he de dirigir. En seguida salieron á bailar.... Magdalena parecia un ángel en medio de aquella selecta reunion. Vestía un traje blanco bien adornado, con el que realzaba su singular hermosura. ¡Multitud de ojos se fijaban en ella, varios corazones palpitaban, víctimas de una pasion violenta; pero Fuentes era el más extasiado! Después de haber dado algunas vueltas por todo el salon, Magdalena pidió que la llevara á su asiento, pues estaba atarantada y fatigada á la vez.

En la otra danza que tocaron, otro de los jóvenes concurrentes la invitó para bailar; ella aceptó con gusto y salió. Al estar bailando, el jóven aquel, aprovechando la oportunidad dijo á Magdalena en secreto: ¡Oh! qué hermosa es vd., si yo tuviera la dicha de que me amara, que feliz seria! Gracias, dijo Magdalena, favor que vd. me

—24—

hace.... Tenga la bondad de llevarme á mi asiento porque estoy cansada. Pasadas las tres primeras piezas, tomaron del brazo á las señoras y las llevaron á una suntuosa mesa de vinos exquisitos, dulces, ciruelas, pasas y otras muchas cosas de gusto. En un extremo estaban todos los señores y por el otro la juventud entusiasta y alegre. Quien brindaba por los concurrentes, quien por el bien de la patria, quien por algun amigo en particular y quien por el bello sexo reunido en aquel recinto. Las amistades se reanudaban, los jóvenes ofrecian su sangre y su vida, por sus presentes camaradas; en fin, festiva animacion expansionó los corazones de una manera extraordinaria. César dijo á Magdalena: ¡Si vd. supiera cuánto me ha simpatizado su carácter! Gracias, contestó ella bajando los ojos y llena de rubor. Acto continuo, se retiraron para seguir bailando.

La conversacion estaba animada, la noche abanzaba y se hacia necesario pensar en irse á dormir, para precaver una enfermedad.

Como Magdalena jamás habia estado en aquella especie de bienaventuranza, no queria irse; pero no hubo remedio. Dadas las

—25—

cuatro de la mañana, se retiraron, después de una larga despedida. Fuentes tomó del brazo á Magdalena y el otro jóven acompañaba á sus padres, para irlos á dejar hasta su casa.

CAPITULO VI.

El insomnio.

En cuanto llegaron del baile trataron de dormirse; mas para Magdalena fué difícil conciliar el sueño siquiera un cuarto de hora. Fatigada por los movimientos á los cuales nó estaba acostumbrada, por la irritacion del licor que habia tomado, por la abundancia de luces, por el concurso numeroso que asistió, no podia ménos de sentirse con un malestar insoportable. ¡Qué diferencia de la vida pasada! Cuando era de diez años y después, ántes que empezase á saborear la dorada y engañosa copa del placer mundano, entónces, primero dejaba de cenar, que echarse á la cama sin recitar sus oraciones de costumbre. Hoy no, apénas se despoja de los vestidos y aderezos, no trata más que de descansar de su fatiga.

Antes que apagaran las luces exclama:

—26—

¡Ah, mamá qué impresion tan agradable me ha causado el baile de esta noche, yo no creía que fuera tan alegre! ¡qué gentes tan buenas, qué corteses, no me cansaré de alabar la conducta tan honrada de todos los concurrentes! ¿Cuándo habrá otro, cuando ponemos uno en casa? Duérmete, niña dijo la madre, ya veremos cuando se pone otro para que te diviertas. Magdalena se quedó en silencio y las luces fueron extinguidas..... luego que notó la oscuridad quizo dormir; pero imposible. Recorre con la imaginacion la casa Fuentes, recuerda las palabras cariñosas de César y las de Arturo.... Figúrase de nuevo dar vueltas, hablando con tan amables amigas como allí encontró, principalmente Adela, Luz..... ¡Ah, cuánto me amará Fuentes, cómo me estrechaba y apretaba la mano, qué alhagüeño es el amor! Y si hoy que es primera vez que hieren mis oídos tan deliciosas palabras, siento encanto y no encuentro sosiego, siento que se derraman en mi pecho como suave bálsamo, ¿qué será cuando ambos nos amemos, cuando formemos una sola alma, si llegamos á unirnos por medio del matrimonio? ¡Cuán felices seremos! ¡Vendrá mañana, como tantas veces me lo

—27—

ofreció! ¡Qué jóven tan bello! Pero, Arturo parece tener más educacion, más ilustracion y talento..... ¡Oh qué delicioso es el mundo.....! De este modo discurria Magdalena toda acalorada. Se sentó para ver si refrescándose podia conciliar el sueño. Nuevas ideas se agolpaban á su mente. Vuelve á acostarse y sigue pensando..... Amelia vendrá mañana, sin duda con sus mismas ideas de religion, confesion y demás..... No importa, cuando ella venga, yo dormiré probablemente. Con Adela procuraré entablar estrecha amistad, ella sabe bailar perfectamente y me ha de enseñar..... sobre todo, en ese ardiente corazon, no hay cosa de iglesia que molesta hasta el extremo. Pero, ¿quién de los dos me amará con verdad y más ardientemente? Esto sí es difícil de conocer..... las obras de cada uno lo dirán. ¿Cómo haré para hablar á César mañana....? Bien está, á la hora de siesta es tiempo oportuno. De este modo y en recuerdos del baile, y en formular pláticas se pasó el resto de la noche la desgraciada Magdalena.

Como era muy natural, al dar las once de la mañana en el reloj, se levantaron de dormir los padres de nuestra niña; pero

—28—

ella nunca pudo, sinó un momento y es-
to, cuando habia amanecido. Se levantó
con un semblante lívido, á causa de tan
largo insomnio. Aquella jóven que en otro
tiempo era virtuosa, apacible y un modelo,
se vuelve repentinamente de un carácter al-
tivo, impaciente y soberbio. Aquella alma
donde residía el candor y la inocencia, es
hoy maliciosa, intranquila y terrible. Quie-
re trabajar como de costumbre, no le gus-
ta; llega la hora de tomar los alimentos, le
saben mal. La mandan á cuidar los cria-
dos responde mal, cosa que jamás habia
hecho: Una sola noche, un solo baile y á
veces una sola ocasion, son suficientes para
cambiar por completo el modo de pensar y
de portarse de la persona más santa. La
que pocos momentos ántes era un dechado
de virtudes cristianas, es hoy ya un se-
millero de vicios. Magdalena va caminan-
do de abismo en abismo y probablemente
no suspenderá, sinó hasta terminar con su
honradez. Entre tanto, Amelia llora cada
dia el extravío de su hermana de infancia
y pide con insistencia por ella á Jesus y á
María.

—29—

CAPITULO VII.

El segundo baile.

Al siguiente dia César llegó á saludar á la familia Monterrosa y á saber si algo habia ocurrido por causa de la mala noche. Magdalena con mucha anticipacion dijo al portero: han de venir algunos señores á visitar, avísame en cuanto lleguen. Sus padres entraron á la recámara á dormir siesta. Ella se dirigió al ropero para cambiar de vestido. En seguida se fué al tocador para arreglarse el peinado, ponerse algunos aromas y otros aderezos más que la hermoseban. Luego que terminó la compostura se fué al salon, para seguir en aquel lugar maquinando sus proyectos. A poco rato, ¡suena con fuerza el llamador de la puerta de calle! dá un salto y se pone de pié á esperar el resultado..... Era César que llegaba á visitar. Pasado el saludo acostumbrado, comienzan á hacer recuerdos de las ocurrencias de la noche anterior. Ambos se reian, Magdalena se ponia encendida, unas veces bajaba la vista, otras se ponia

—30—

pálida; ya se cubria la cara, ya volteaba á
mirar al otro lado, quizá de vergüenza, por
las cosas que César la decia. En esto esta-
ban cuando salieron los señores del dormi-
torio y no dejaron de extrañar el que la ni-
ña no hubiese dormido. César decia en al-
ta voz: entre ocho dias tendremos otro bai-
le aquí... ¡Por qué razon? dijo Magdalena.
¡Cómo por qué! replica César, qué no sabe
vd. que es el dia del santo de su mamá?
Entran los señores y el jóven les saluda con
toda cortesía. Tuvieron una regular con-
versacion, César trató de despedirse. Se pa-
ra, toma el sombrero y se va. Las se-
ñoras sin moverse de sus sillas alargan la
mano para despedirlo; (por cuanto es ya el
uso recibido) solamente el señor Monterro-
sa sale á dejarle hasta la puerta de calle!
Llegados los ocho dias, la casa de Mag-
dalena amanece adornada de hermosas
guirnaldas y rico cortinaje. Los músicos to-
can alegres dianas al venir los primeros al-
bores de la mañana, el salon ajuarado mag-
níficamente y en toda ella grandes pre-
parativos de fiesta. Era el cumpleaños de
la señora. Adela se habia pasado á la casa
para ayudar á Magdalena, y para darla al-
gunas instrucciones relativas al baile. La

—31—

discípula daba muchas y muy fundadas es-
peranzas de adelantar. Fueron invitadas
las familias de cariño, quienes se prestaron
con muchísimo gusto. A las ocho de la no-
che, en el salon profusamente iluminado,
parecia un jardin de bellas plantas anima-
das y lozanas por la juventud. ¡Qué vesti-
dos tan hermosos, qué ricos! La música re-
sonaba con gratísima armonía. Magdalena,
Adela, Arturo, César y otros jóvenes, eran
notables en aquel salon por el lujo y pro-
fusion. Bailaban sin tregua ni descanso,
desde que empezaba una pieza, hasta que
terminaba..... muchas veces sin música se-
guian bailando. Alguien de los concurren-
tes, al ver tanto entusiasmo de los jóvenes
decía: ¡pobres criaturas! que gocen hoy
que están en sus quince, dia vendrá en el
que desfallecidos por el peso de los años y
cansados de la vida como estamos algunos,
aun cuando quieran hacerlo no podrán.
Como el vino que se tomaba era en gran
cantidad, no faltó quien bebiera hasta per-
der el juicio. Los brindis, los vivas y aplau-
sos produjeron una animacion febril. Unos
reanudaban su amistad, otros manifestaban
sus antiguos resentimientos, algunos per-
manecian tristes y taciturnos por los rinco-

—32—

nes, quienes se retiraban á sus casas: y otros se juraban más amor. ¡Aquello era una babilonia.

Como César se puso á descansar miéntras pasaba un poco la fuerza del alcohol, Arturo no perdió tiempo: pues procuró con su trato finísimo, con un lenguaje elocuente, con bellos razonamientos, cautivar por completo el corazon de la incauta Magdalena. Repentinamente se vió en un compromiso terrible; por cuanto el calor de las pasiones en el tiempo de la juventud, su misma inocencia, la excitacion en que estaba por el baile y por el licor, todo venia á contribuir, para que sin reflexion de ninguna clase adquiriera una obligacion con Arturo. César, no obstante el estado en que se hallaba, no dejó de advertir que perdia terreno. Los ademanes, la risa, las señas disimuladas que se hacian los dos amantes, llenaron aquel corazon de celos y de una horrible indignacion. Se incorporó como pudo y fué á invitar á Magdalena para que bailaran una pieza. Ella indudablemente dirijió una mirada significativa á Arturo, el cual no hizo más que mover los hombros con mucho disimulo. Apénas habian dado unas cuantas vueltas, y le dijo: si vd. viera

—33—

como estoy de cansada..... César no instó, la fué á dejar en su lugar. Su semblante se inmutó, se puso pálido, un sudor helado corria por sus sienes, dió la vuelta y al pasar por donde estaba Arturo le dijo en voz baja: mañana tendrás una invitacion mia para el arreglo de un asunto importante. Convenido contestó Arturo, si gustas que algo arreglemos desde este momento, me tienes á tus órdenes. César ya no habló..... se dirigió á los músicos para suplicarles que tocaran una pieza de las más tristes que tuvieran, la que fué ejecutada en el acto. Luego que esta terminó, se despidió de todos y se fué, retirándose en seguida el concurso, suficientemente complacido.

CAPITULO VIII.

El duelo.

Al dia siguiente, la casa de Magdalena amaneció triste, sucia y desarreglada, como regularmente sucede en donde pasa alguna fiesta. Todos se levantaron de dormir ya demasiado tarde; y por consiguien-

—34—

te los negocios estaban entorpecidos, los muebles fuera de su lugar, los dueños de la casa taciturnos, melancólicos y con un mal estar insoportable. Magdalena, casi no hablaba con Adela, quien estaba algo avergonzada por las cosas que habia dicho fuera de órden y de las que no recordaba ya. Tenaz en sus pensamientos se fué al balcon para ver si álguien asomaba de aquellas personas con quienes queria hablar, para saber el resultado de la cita de César. Comenzaba á pensar en la manera de verse con Arturo, cuando éste asoma triste por rumbo contrario, con paso algo apresurado y el semblante sério. Acercóse á Magdalena y luego que la saludó, dijo: pensando estaba en el modo de hablar á solas con vd. Supongo que no tiene novedad, no es así? Pues bien, esta tarde daré á vd. y á sus padres la prueba más grande del amor que la profeso. ¿Pues qué pasa? preguntó Magdalena. ¡César me ha enviado su tarjeta de desafío; y como es cuestion de honor, no tengo mas que admitir! ¡Santo Dios! contestó Magdalena. No admita, se lo ruego. Si algo valen mis súplicas para con vd. le suplico, que no me ponga en esa tortura, no acepte, por lo que

—35—

estime más en el mundo. No es posible, los padrinos lo tienen todo arreglado y precisamente, á las cuatro de la tarde de este dia su Arturo ó vive y será feliz con vd. ó ya murió y será desgraciado.....; pero de todos modos habré testificado que la amo con delirio..... ¡Jesus! volvió á exclamar Magdalena, cuán desgracida soy! ¡Adios! dice Arturo, y estrechándole la mano junto á su pecho, se retira.

Arturo, muy pagado de su valor y destreza en tirar á la pistola, se fué á preparar. ¡Pobre jóven inexperto! Como es *libre pensador* no tiene creencia de ninguna clase, no hace caso de su alma, y de los remordimientos de su conciencia. La gloria mundana le enagena, supone una cobardía indigna de un hombre de su clase el no admitir: cuando es propio de todo católico no aceptar el duelo.

Magdalena llora amargamente, apretándose la cabeza con las manos, consulta con Adela sobre el modo de impedir esta desgracia y no lo encuentran. El señor Monterrosa entra al aposento y ve á su hija llorando, pregunta la causa y con sorpresa sabe de Adela todo cuanto ocurre. Toma su sombrero al momento y parte veloz pa-

—36—

ra la casa de César. Llama con el mayor secreto al inocente padre del desventurado jóven y le dá noticia exacta de todo lo ocurrido. Ambos dan apresuradamente el parte á la autoridad competente, para que intervenga en el negocio, por cuanto los dos contendientes eran hijos de dominio, ó estaban todavía bajo la patria potestad.

Cuando ménos lo pensaban y cuando se estaban preparando para salir al campo del honor, la autoridad se apodera de ellos y les llevan retenidos á la gendarmería, hasta nueva órden.

Averiguado el asunto al siguiente dia en el juzgado respectivo, los jóvenes no declararon la causa; pero por conjeturas muy justas se sacó en limpio que Magdalena directa ó indirectamente tenía la culpa de todo: y ¡lo que es más! iba á ser responsable de las muertes ó heridas que tenian de resultar por el duelo indicado.

Con muchísimo trabajo los jóvenes mencionados, después de haber dado un disgusto grave á sus padres, salieron en libertad. El señor Monterrosa sufrió sobre manera; protestó una y mil veces contra el baile, contra Magdalena, contra Adela y

—37—

contra todas las amistades que su hija habia adquirido en las reuniones. ¡Con muchísima razon! pues era tenida como un modelo de virtud y cuyo nombre que estaba bien puesto ante la sociedad, quedaba ya inscrito en el archivo de un juzgado.

César avergonzado por una parte y por otra afligido á causa del cruelísimo disgusto dado á sus padres, detestó de todo, hasta de Magdalena, por quien habia cometido tal desacierto: arregló sus cosas y se retiró á una de las fincas más lejanas que tenian.

Arturo por el contrario, quedó muy pagado de su valor y triste porque no habia tenido efecto un acontecimiento que le daria nombre. Platicando un dia sobre el asunto comenzó á hablar magistralmente acerca de la licitud de los duelos; pero su amigo que tenia un poco de más ilustracion, le reprobó manifestándole hasta la evidencia la ilicitud, la inmoralidad y lo escandaloso de semejante absurdo.

El duelo, decia: es prohibido por las leyes divinas y humanas: es reprobado por toda sociedad sensata, es detestado por todo hombre que tenga un poco de sentido comun. Además: es altamente injurioso á

—38—

Dios; porque se le desobedece, haciendo lo que prohibe en uno de los sapientísimos preceptos grabados en el corazon del hombre y publicado en la cumbre del Sínai. Es tambien escandaloso para la sociedad, por el mal ejemplo que se dá á las tiernas generaciones; y tambien porque ella misma repugna esos actos de barbárie. Arturo dijo todo lo contrario: pues segun él, el duelo era un punto de honor, donde el hombre dá pruebas de su valor. No admitir el duelo para él era el último término de la cobardía, era quedar sin nombre, era aparecer sin delicadeza ante una sociedad ilustrada, como la nuestra. ¡Pobre! no sabe que es el acto más grande de valor el perdonar las ofensas recibidas: y que tanto más grande se hace el hombre, cuanto más indulgente sea para con sus enemigos.

Después de una discusion acalorada, ambos se despidieron: Arturo se fué á su casa, adonde le esperaron con una reprimenda, bien merecida por cierto.

CAPITULO IX.

La muerte.

Con muchísimo disgusto hemos visto la

—39—

ocurrencia de nuestros jóvenes; pues es bien sabido que siendo católicos, ó de familias católicas, por injuriados que estuvieran, por mucho valor que sintieran, no debian aceptar, mucho ménos provocar un duelo, pues no solo es ilícito para los que profesan la religion de Jesucristo, sinó que repugna á la razon. La Iglesia católica, Madre tiernísima para los hijos dóciles y obedientes, viene á convertirse en un modelo de justicia para los que degeneran de su doctrina y de su fé. Ella fulmina, ó más bien tiene decretadas penas terribilísimas contra los que infringen sus leyes y se oponen á sus sábias determinaciones. El duelista, además de esa indeleble mancha que hecha sobre su conducta, queda privado *ipso facto* de la participacion activa y pasiva de los sacramentos, de todas las oraciones de la iglesia y demás gracias espirituales. Si se muere no puede tener sepultura eclesiástica, esto es: no pueden hacerse por el alma las oraciones y sufragios públicos, con que la iglesia llora la muerte de aquellos hijos felices que mueren en su seno.

Después de todo lo ocurrido, como la sociedad hablaba ó murmuraba mucho y hacia conjeturas acerca de la conducta de

—40—

Magdalena, su padre tuvo que sufrir tristes desengaños y gravísimos disgustos, los que le ocasionaron una enfermedad que se lo llevó al sepulcro.

Poco á poco fué perdiendo el apetito, su salud se alteró notablemente, de contínuo estaba de mal humor, silencioso y triste, ya no salia á la calle; pero sus amigos no le abandonaban un instante. La causa de aquella extraña enfermedad fué conocida; pero los efectos no pudieron corregirse.

Su esposa comienza á entrar en cuidados, pone en práctica todos sus conocimientes de medicina doméstica; pero ningun remedio produjo resultado favorable.

Llaman á un facultativo, llega prontamente; toma informe minucioso de la enfermedad y de sus síntomas, examina con detencion al enfermo, nota luego la gravedad, sale un momento afuera, vuelve á entrar, toma de nuevo el pulso, mueve la cabeza y dice: haremos un esfuerzo. Pondremos un recetario y esperaremos el resultado.

Magdalena se pone pálida, recordando que ella tiene mucha parte de culpa en aquella enfermedad. La señora se pone á llorar desconsolada, pierde el tino y no sirve para nada por causa del llanto y de su abatimiento.

—41—

Acuden con los remedios con toda actividad; pero en vano, la gravedad aumenta de hora en hora, haciendo crisis cuando ménos lo esperaban. Los amigos del enfermo afligidos procuran una junta de médicos para discernir el método curativo, llaman al Notario público, le exhortan á que haga su testamento para mayor seguridad de su familia y ministran al paciente cuantas medicinas pueden.

¡Cosa extraña! De todo se piensa, de todo se habla en aquella casa, ménos de los remedios del espíritu, ménos de los Sacramentos. ¡Nadie mienta confesion! Llegan sus parientes promueven otra junta de médicos, llaman un sacerdote, buscan un crucifijo, corren por nuevas medicinas; pero en vano! Era demasiado tarde, el enfermo se habia gravado repentinamente con una ligereza admirable, habia perdido el conocimiento y el habla; estaba sordo, mudo y casi insensible! Como á la hora de aquel empeoramiento instantáneo, comienza el estertor de la agonía, todos lloran, todos andan por una y otra parte, quien toma un mueble y lo cambia de su lugar, quien

—42—

sale á la calle sin ningun objeto, uno llama á los criados, ótro los depide: unos caen privados, otros se desesperan en vista de aquel tristísimo espectáculo. ¡Tal la confusion que hay en aquella casa!

A las ocho de la noche del 1º de Enero de 1871, el señor Monterrosa acababa de exhalar el último suspiro. La casa fué adornada con riguroso luto. Colocan el féretro en medio de la sala principal, y alumbrado por cirios encendidos, puestos en hermosos candelabros de oro, se veia tambien el retrato del difunto. Cada cortina blanca mezclada con crespon negro, estaba adornada con guirnaldas de ciprés. ¡Aquel lúgubre aparato era conmovedor.

No pasaron muchos minutos para que la noticia circulara. Inmediatamente los demás parientes y amigos del finado rodean su cadáver. Unos hacen el panegírico otros lloran la pérdida, unos lamentan su desgracia y otros dan consuelo á la familia doliente.

Haciendo el comentario de su vida y de su muerte, de sus virtudes y de sus defectos pasaron la noche y gran parte del dia siguiente, hasta que se llega la hora de conducirlo á su última morada.

—43—

CAPITULO X.

El entierro.

A la hora citada en la tarjeta de convite, un gran concurso se reunió en la casa mortuoria. Hombres y mujeres vestian riguroso luto, portando grandes velas de cera adornadas con flores negras. Se ordenó la comitiva fúnebre. Veinticuatro jóvenes de ambos sexos rodean el cadáver, llevando una cinta negra en las manos, cuyo extremos pendian del tumbillo de la caja depositaria de los restos mortales. Van caminando con paso lento. La música lúgubre y triste se oye resonar..... ¡es una marcha! cuyas notas hieren los corazones y hacen brotar las lágrimas de los ojos. En una de las esquinas del tránsito que conduce al panteon, suspende repentinamente la marcha: un orador ocupa la tribuna, adornada con blondas negras, y con tono lúgubre y melancólico dice la oracion fúnebre, encomiando las virtudes cívicas y liberales del difunto, excitando en conclusion al auditorio, á la imitacion de la honradez, moral-

—44—

dad, patriotismo y demás prendas de tan ilustre ciudadano. Apénas hubo terminado el discurso, prosiguió el cortejo hasta llegar al lugar del eterno descanso. Sepultaron el cadáver y el duelo fué despedido allí mismo.

Al presenciar una muerte semejante, como la que acabamos de narrar, justo es pararnos un momento, para hacer algunas observaciones que vienen al caso.

En estos tiempos de más ilustracion vemos con harta frecuencia estos casos de impenitencia final. En tiempos atrás, tiempos dorados de fé y de inocencia, tanto los enfermos, como las familias procuraban como católicos, ántes que todo lo demás, el arreglo de la conciencia por medio de la recepcion de los santos Sacramentos instituidos por Jesucristo y mandados por la Iglesia, para que el alma, fortalecida y preparada de ese modo pase tranquila á las estancias sublimes de la eternidad. ¡Hoy nadie hace mencion de ellos y si alguno piensa, se ha de hacer con mucha reserva, á fin de que el enfermo no pierda la moral! La Iglesia, Madre solícita por la felicidad de sus hijos, así como se llena de alegría con el nacimiento de un niño, del mismo modo

—45—

sabe llorar cuando otro deja de existir, usando de las preces y oraciones que tiene establecidas para el caso.

Antiguamente, para dar sepultura á un cadáver llegaba el sacerdote á la casa mortuoria, presidido de la cruz y después de rociarlo con el agua lustral y hacer oracion al Dios de nuestros padres, se tomaba con gran veneracion y se sacaba para el panteon, presidido por la misma cruz; detrás marchaban el sacerdote y demás acompañantes.... el lúgubre tañer de las campanas anunciaba que un cristiano era conducido á su sepulcro y los fieles dirigian al cielo sus humildes preces para implorar el perdon por el alma del hermano que habia muerto. ¡Oh tiempos benditos de sencillez y de fé, ¡cómo habeis pasado!

Hoy es al contrario: se pone mucho esmero en que la caja se adorne con toda la elegancia posible, y cuando se lleva un muerto al sepulcro, unos conversan como si fueran á un paseo, otros rien y fuman, olvidando de este modo el respeto debido á los cadáveres y apagando los nobles sentimientos que naturalmente se desprenden de la consideracion séria de la muerte.

Pero insensiblemente nos hemos separa-

—46—

do de los dolientes y amigos de nuestro difunto, quienes después de haber derramado las últimas lágrimas en el sepulcro, de haber dado la última despedida á los frios restos del pariente, del amigo, del hermano y después de haber puesto una lápida trabajada con esmero, los de la familia y personas más íntimas de la casa, regresaron á consolar á los demás deudos justamente apesarados.

Arturo por haber desempeñado varias comisiones estaba allí....

La casa siguió de riguroso luto; nadie salia á la calle; el piano dejó de sonar; los balcones cerrados..... ¡Todo respiraba tristeza, donde pocos meses ántes reinaba la alegría!

CAPITULO XI.

La desgracia.

Con la muerte desgraciada del señor Monterrosa, Magdalena siguió la nueva vida que habia adoptado algun tiempo ántes. Acostumbrada á hacer su voluntad, la madre no pudo sujetarla en sus constantes inquietudes.

Luego que terminó el año de duelo por

—47—

la muerte de su padre, ya se comenzó á ver de nuevo en los bailes y cuantas diversiones habian. Amiga de las modas, en cuanto veia un figurin nuevo en los periódicos, inmediatamente salia á la calle con igual traje, fuera ó no aceptado, se acomodara ó no á su talle, ella se lo ponia á todo trance.

Con semejante vida, todos los jóvenes que podian haber tomado aquella mano y hacerse felices en el estado conyugal, temian y ni lo intentaban, por cuanto no se consideraban capaces de sostener un lujo semejante. Además: creian y con razon, que con tal comportamiento no podria ser jamás una buena esposa.

Ella por otra parte, á ninguno amaba de los que podian casarse, sino solamente á su Arturo, quien se habia conquistado de una manera poderosa aquel corazon.

Por desgracia, Arturo estaba educado segun los principios del dia, indiferente en materia de religion, muy poco sabia de ella y trataba de pasar los dias de su vida en el celibato, por aquello de no subyugarse con el matrimonio. Si algo pensaba acerca de esto, era haciéndolo civilmente.

—48—

Ambos vivian en un eden, encantados bajo el ideal bellísimo del amor. Magdalena soñaba diariamente á su Arturo; y él no podia vivir ya sin verla. Adela su fiel amiga opinaba lo mismo; y aun se atrevia á aconsejarla, persuadiéndola á que amara un poco más á Arturo; pues, segun ella, no habia cosa más dulce que el amor en la primavera de la vida. A toda hora soplaba más y más la llama ardiente que existia en el sencillo corazon de la infeliz Magdalena.

La señora quizá por el pesar y con la falta que le hacia su esposo, se puso poco vigilante acerca de la conducta de su hija y no temia nada de Arturo puesto que se presentaba como un caballero. Confiada en esto, los dejaba en amplia libertad. A veces conversaban solos, á veces con Adela. Con ella salian á pasear al campo, iban á visitar y otras libertades más, que con el tiempo tenian que dar un funesto resultado, como en efecto sucedió.

En medio de aquel adormecimiento y confianza en que estaban, el dios del amor encendió más la hoguera en aquellos corazones, les ofuscó la inteligencia y arrastrados por el ardor de la juventud fueron precipitados á un abismo.....!!!

—49—

Arturo apoderado de la inocente víctima se encontró en una terrible disyuntiva: ó la extraia de la casa y se registraban civilmente, ó la abandonaba para siempre; pero ambas cosas eran impracticables.

Abandonarla no podia, porque la amaba, casarse ménos, porque no se encontraba capaz, y además no era afecto á la vida conyugal como hemos dicho.... ¡Qué hacer en semejante conflicto? ¡La situacion no podia ser más terrible!

El tiempo urgia. Por algo debia resolverse pronto. Encontró un medio más seguro para subsanar toda dificultad: improvisó un viaje repentino y urgente. Se despidió de Magdalena, asegurando que se le habia confiado una comision de mucha entidad á cierta poblacion del Estado: que pronto habia de regresar ya para tramitar el matrimonio.

No habian pasado muchos dias, cuando el carácter de Magdalena cambió por completo. Separóse de toda sociedad, lloraba tristemente, se puso macilenta y sin apetencia, no dormia ni salia á pasear como antes lo hacia, más gustaba de estar sola en

—50—

su habitacion que acompañada. Solamente Adela, que estaba en el secreto de lo que ocurria, era la única que podia hablar con ella. ¡Qué situacion tan triste Dios mio! Aquel semblante hermoso, aquellos ojos que arrebataban en otro tiempo, perdieron su candor. La señora luego que advirtió el estado de enfermedad en que estaba su hija, trató de llamar á un facultativo para que la viera y la medicinara. El médico llegó con presteza y luego que la revisó y examinó el estado de la enferma, dijo á la madre: Señora, esta enfermedad parece ser de las más comunes á las mujeres.... dentro de poco tiempo estará sana su hija. No tenga pena. La señora con dolor de su alma comprendió la clase de enfermedad. Lloró, pero sin remedio; lamentó su triste situacion, cayó privada por la fuerza del dolor y sentimiento.

Luego que volvió de aquel letargo, no pudo ménos que culparse á sí misma, pues habia sido indolente en el cuidado, en la admision de toda clase de amistades, en no fomentar la piedad que ántes tenia y en apartarla de las ocasiones peligrosas. Ella era responsable delante de Dios y de la sociedad.

—51—

En aquellos terribles momentos recordaba el tiempo feliz que habia pasado, cuando su hija apénas tenia nueve ó diez años; cuando hizo su primera comunion; y cuando aun permanecia inocente.....¡Ah! exclamaba: tarde vengo á convencerme de que solamente con los sacramentos puede una débil mujer conservar su honradez; porque sin ellos no hay más que tristes desengaños. ¡Todo lo he perdido, no me queda más que morir de dolor y amargura!

Así llorando se entró á su habitacion dejando á Magdalena sumergida en un mar de sufrimientos. Pasados algunos meses de aquella terrible y lamentable desgracia, Magdalena se sintió más grave de como habia estado en dias atrás. Como es muy natural, cuando la persona ha sido bien inclinada y educada en el temor de Dios, si cae en una falta de esa naturaleza, la gracia se retira y queda abandonada á sus propias fuerzas.

Magdalena no se aflije por el justo enojo de su mamá, ni teme el terrible juicio de la sociedad. Como de Dios se habia olvidado hacia algun tiempo, no hace caso de la ofensa y permanece impávida, soportando crueles dolores hasta el grado de desespe-

—52—

rarse. ¡Terrible castigo que puede servir de ejemplo á varias personas!

Al fin de tantos padecimientos, se vió con un niño en sus brazos.... Se trató de bautizarlo y le pusieron por nombre *Lázaro*.

Adela, tan pronto terminó su mision de aconsejar y luego que vió el resultado de ella, trató de retirarse para no sufrir un reclamo. No volvió á preguntar de su amiga intima. ¡Cuánto cuidado deben tener los padres de familia con las amistades de sus hijos.

Magdalena pasó despues unos dias casi infernales: abandonada de su madre, de Arturo, de Adela y de toda la sociedad, que pocos dias ántes la llenaban de atenciones, con su niño lloraba tiernamente su desgracia y exclamaba: ¡Ay! infeliz hijo mio, qué necesidad tenias de padecer en este mundo, y quedarte probablemente solo, sin madre, porque padre no has tenido! ¡Ah! tu padre es un ingrato, un cruel, que no merece tal nombre. ¡Infame!

Por un llanto continuo perdió pronto la vista, ó al ménos se le iba escaseando. Además habia quedado tan dañada, que era difícil sanar. Daba compasion verla. Ya no se conocia si era aquella jóven en otro

—53—

tiempo tan hermosa. Por lo regular así castiga Dios aun en este mundo los extravíos de la juventud. Con cuánta razon se dice: "que en el mismo pecado está la penitencia."

Como los males nunca vienen solos, para completar la desgracia de Magdalena, la señora de Monterrosa, á causa de los disgustos ocasionados por su hija, abatida por las penas de la viudez, enfermó y descendió á la tumba á los pocos dias, llevando el alma llena de remordimientos; y como la casa estaba pasando por una crísis de penalidades, únicamente se le prodigaron los auxilios más necesarios. Su cadáver fué conducido al sementerio sin aparato de ninguna clase.

CAPITULO XII.

Amelia en casa de Magdalena.

Como vimos en uno de los capítulos pasados, Amelia se retiró de la casa; pero jamás olvidó un momento á su querida amiga de infancia. Cuantas veces llegaba á la iglesia, dirigia una plegaria unida con sus

—54—

lágrimas por la conversion de Magdalena, y como no hay cosa más poderosa ante Dios que la oracion, no pudo ménos de alcanzar lo que con ardor pedia.

Ella, no obstante, sabia el estado triste en que su amiga se encontraba y no podia conciliar el modo de verla. Un dia, supo que nadie llegaba á la casa de Magdalena y los grandes trabajos que sufria. En un acto de aquellos más heróicos que son impulsados por la caridad, se fué con resolucion de entrar. En efecto, llamó á la puerta y dijo al portero: avisa que una señora quiere hablar á la enferma. El portero dió el recado y salió á ver que entrara. Magdalena creia en que fuese Adela...; pero nó, se engañó. Amelia penetra á la habitacion de su amiga.... Cuando ésta reconoció quien era se cubrió la cara y se puso á llorar..... Amelia la abraza llorando tambien y ambas sin poder pronunciar una palabra, se estrechaban con más fuerza y sin poder contener la abundancia de sus lágrimas. ¡Oh! aquel espectáculo era de los más patéticos y conmovedores.

Después de un largo rato de estar en aquella actitud, Amelia dijo: Calma, hermana mia, no tengas pena, he venido á ver

—55—

en qué puedo servirte. Magdalena articu lando medias palabras respondió: ¡Oh no soy indigna de que me estimes de nuevo Conozco que te he ofendido demasiado cambiando tu amistad por la de una muje traidora y despreciándote como lo hice tan tas veces. No tengas cuidado dijo Amelia para una persona que ama deveras, esas n son causas suficientes de rencor; y si Je sucristo siendo Dios perdonó á sus ene migos, cómo no he de perdonar yo l que me has hecho? Para mí no hay cos alguna reservada, jamás he tenido el má mínimo disgusto contra tí: de modo qu soy la misma de siempre. Eres un ángel respondió Magdalena. No conocia á quién habia perdido. Hoy te amo más que nunca

Amelia procuró calmarla y le dijo: quie ro darte una prueba más de mi amor. T serviré en lo que yo pueda; pero vas á con cederme un gusto, un favor, ó como qui ras llamar á lo que voy á pedirte y es: qu te confieses, yo te llevaré. ¡Por Dios! ex clamó Magdalena, ¿Cómo voy á tener va lor de volver á llegar si soy la mujer ma desgraciada del mundo? No, hermana mi dijo Amelia: acuérdate que Jesucristo vin á morir por los pecadores; el es nuestro p